

RESEÑAS

Roberto VILLA, 1917. **El Estado catalán y el soviét español**, Madrid: Espasa, 2021, 760 p., ISBN: 9788467061819.

Profesor de la Universidad Rey Juan Carlos, Roberto Villa ha sorprendido a la comunidad historiográfica con una nueva interpretación de la revolución española de 1917, que cuestiona las viejas visiones sobre este hecho histórico, tan divulgadas en las aulas de Secundaria y Universidad. Demuestra que resulta un error considerar la existencia de tres revoluciones diferentes por el mero de hecho de existir disparidades tácticas entre obreristas, republicanos y junteros militares. A través de sus catorce capítulos demuestra que hubo un solo proceso revolucionario con diferentes protagonistas que alcanzaron la suficiente cohesión como para poner en marcha una acción común. Y aunque fracasaron en sus objetivos finales, lograron destruir las convenciones constitucionales vigentes. Además, la revolución fracasada impidió que España evolucionara hacia la democracia y abrió las puertas al largo ciclo autoritario y excluyente que duró hasta 1975. Ni el sistema de la Restauración estaba sin perspectivas ni rígidamente anquilosado ni falto de apoyo por parte del monarca ni de líderes importantes como Eduardo Dato, que evitaron un golpe militar entre 1917 y 1918.

Para situar al lector en la época, se parte de una revisión historiográfica sobre la posición de España ante la

Primera Guerra Mundial, las luchas políticas que hubo para romper la neutralidad beneficiosa que el presidente Dato impuso, con apoyo final de Alfonso XIII (capítulo I). Asimismo, se cuestiona con datos y cifras la supuesta decadencia y escasa modernización de España, por esas fechas, lo que constituye un mito –basado en fuentes políticas críticas– si se acude a la realidad del momento. La nación española ni estaba tan atrasada en muchos aspectos, ni anquilosada ni fracasada. Villa demuestra que España atravesaba, desde hacía tiempo, una etapa dinámica y progresiva.

La investigación se sustenta en una amplia bibliografía –de la que cita al final sólo los títulos que le han aportado algo significativo y nuevo al texto–, además de una rica documentación encontrada en veinte archivos españoles y extranjeros. Villa analiza los compromisos programáticos y la actuación de las fuerzas revolucionarias entre 1916 y 1918 y señala que su objetivo era la instalación de un régimen republicano federativo que otorgara un estatus especial a Cataluña –regida por la Lliga– que se constituiría en un Estado asociado al español (capítulo 4). Para ello era fundamental converger el descontento de las juntas militares con los objetivos republicanos y la colaboración de las fuerzas obreristas. Es decir, lograr an-

ticipar lo que luego sería la Segunda República, un régimen excluyente, monopolizado por la izquierda republicana, primer paso hacia un paraíso proletario para los socialistas revolucionarios, una decepción a derribar para los anarquistas y un régimen al cual atarse dudosamente para nacionalistas vascos y catalanes, siempre que se lograran sus objetivos.

Un importante detonante y problema en 1917 fue la constante petición de entrada al lado de los Aliados de un sector del liberalismo que –junto al reformismo, los intelectuales y el republicanismo– vieron en la misma la llegada de un proceso revolucionario paralelo que destruyera la monarquía constitucional, el turno pacífico de partidos dinásticos y la política del pacto. Sin duda sorprenderá estos hechos a quienes identifican siempre los partidos izquierdistas con el pacifismo y a los republicanos con la negativa a usar fuerzas militares o el eterno recurso de la guerra en su propio beneficio político. Pero así fue, unos miles de españoles muertos valían la pena si se lograba la república y, al igual que otros movimientos europeos, pensaron que se debía aprovechar la situación a que había derivado la Gran Guerra para lograr el cambio, revalorizando la violencia como legítima herramienta de construcción política (capítulo 2).

Por el contrario, el autor defiende la consideración del régimen constitucional de 1917 como una democracia “*in the making*”, como muchas otras monarquías europeas, con las que rea-

liza un interesante estudio comparativo; España y diversos reinos coetáneos no resultaban tan diferentes, aunque hubiera, lógicamente, divergencias (capítulo 3). Subraya, de esta manera, un hecho fundamental: a diferencia de la socialdemocracia europea, el socialismo español se inclinó no por la colaboración con el Partido Liberal y su integración en el sistema, sino por una conflictiva unión con los partidos antisistema, es decir con anarquistas y republicanos. Ello fue un obstáculo en esa transición hacia un régimen más democrático, parecido a los europeos, a lo que habría que sumar la excesiva intervención de los militares en la vida política, lo que recordaba rémoras del siglo XIX.

El hecho de que el lejano eco de la revolución de febrero de 1917 en Rusia fuese definitivo para convencer a las fuerzas antisistema de la oportunidad del momento, no oculta para el autor que los conspiradores españoles se encontraban muy anclados todavía en la vieja práctica revolucionaria del siglo XIX, de tal manera que la Gloriosa de 1868 y la República de 1873 resultaban referentes para muchos de ellos (capítulo 5). Nacionalistas catalanes y republicanos intentaron lograr el apoyo del movimiento juntero militar para provocar la caída del régimen constitucional. Sólo esas juntas podían decantar la situación –como en China, Portugal y México–, pero numerosos militares desconfiaban de la furibunda aliadofilia de los republicanos y socialistas, que podían llevar a España a una desastrosa entrada

en la Gran Guerra (capítulo 6). No obstante, el principal portavoz de los junteros, el coronel Márquez, jugó a fondo la carta nacionalista y reformista, como analiza Villa, hasta diciembre de 1917. Entonces, los junteros más monárquicos se sintieron apoyados por el ministro De la Cierva y abandonaron al catalanista Cambó, al coronel Márquez y reformista Melquíades Álvarez (capítulo 12).

Paralelamente, los reformistas y republicanos se incorporaron al pacto entre UGT y la CNT para derribar la monarquía constitucional por medio de una huelga general revolucionaria al acordar en junio de 1917 que el nuevo sistema sería una república burguesa. Se trataba de lograr la repetición de la revolución rusa de febrero.

La Lliga también calibró ese proceso revolucionario si conseguía el objetivo de un Estado catalán propio, pero en vez de esperar la unión de políticos y junteros, los sindicatos se adelantaron (capítulos 8 y 9). El fracaso de la huelga general en el verano debilitó a los obreristas republicanos, pero no frenó la revolución. Basta apuntar que los militares junteros no participaron en las operaciones para sofocar las revueltas, que se saldaron con 127 muertos y 349 heridos.

La iniciativa revolucionaria se trasladó a la asamblea de parlamentarios de Madrid que logró la caída del gobierno conservador (capítulos 10). Las ambiciones desatadas para capitalizar ese triunfo político disgregaron la coalición revolucionaria. Una vez

destruido el turno, la Lliga se mostró dispuesta a pactar con la Corona para lograr sus objetivos; los reformistas rompieron con Cambó y se intentaron apoyar en los junteros militares para forzar una convocatoria de Cortes constituyentes pero, como ya se ha señalado, los junteros se dividieron y se acercaron al ministro de la Guerra, De la Cierva, que logró encauzar a las juntas con concesiones profesionales, hasta marzo de 1918 que, al caer el político, volvieron a manifestar su descontento.

Como desvela el autor, Alfonso XIII estuvo a punto de abdicar en tres ocasiones, con el objetivo de salvar la Monarquía (capítulo 7). Además, Villa demuestra la influencia en España de acontecimientos surgidos en Rusia, Portugal y Grecia, donde el liberal Venizelos consiguió romper el neutralismo a costa de lograr la abdicación del rey en su segundo hijo mediante un golpe de fuerza parlamentario, que si bien logró que su país entrara al lado de los Aliados aumentó la intervención del ejército en la vida política griega. Por otra parte, el autor no olvida analizar los intentos de varios políticos monárquicos para lograr mayores cuotas de poder en sus partidos, aprovechando la crítica situación —entre ellos, el conde de Romanones y Santiago Alba— dificultando la búsqueda de soluciones con sus desaciertos y egoístas ambiciones (capítulo 11).

Finalmente, la ruptura del frente revolucionario en España permitió la victoria de los partidos favorables a la

monarquía constitucional en las elecciones de 1918, frustrando en las urnas la revolución asamblearia y federativa, lo que demuestra la capacidad de resistencia y respuesta del sistema constitucional de la Restauración. Esos interesantes comicios, que fueron ya sin casi encasillado y en pugna libre –analizados con sumo detalle en el libro– demostraron la capacidad de resistencia –y de reforma democrática– del sistema. Sus potencialidades democráticas no eran, como demuestra el autor, desdeñables, pero, a partir de entonces, la tentación dictatorial aumentó en la oficialidad y sólo

bastaría un desastre –Annual– con sus consecuentes acusaciones mutuas entre civiles y militares –unidos en 1917, desunidos en 1923– para precipitar la conspiración y el golpe de Estado (capítulos 13 y 14).

Por todo ello consideramos este libro de lectura obligada para quienes intentan acercarse a la España de la Gran Guerra y a la crisis de la Restauración sin presentismos, ni rígidos planteamientos dogmáticos, plenos de un tufo excesivo de deformación política.

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL

Guillermo GORTÁZAR, **Romanones: La transición fallida a la democracia**, Barcelona: Espasa, 2021, 686 p., ISBN: 9788467061307

Guillermo Gortázar ha escrito dos libros en uno, o, mejor, un libro que es una biografía pero que propone una tesis que trasciende la vida del biografado. El libro se titula Romanones porque es una biografía completa de Romanones, el conde famoso de la política española del siglo XIX y, sobre todo, del XX. Y se subtitula *La transición fallida a la democracia* porque esa es la tesis que subyace en él. Esto último, a lo que alude varias veces a lo largo del libro, es ciertamente decisivo entenderlo tal como Gortázar lo entiende: la evolución de los españoles como comunidad política llegó a un punto en el que el sistema de monarquía parlamentaria ya no era aceptable; hacía falta que ese orden se transformara en monarquía democrática. No lo hicieron quienes debían

haberlo hecho y la monarquía se vino abajo exactamente en 1931.

Contar con una biografía de Romanones –esta de Guillermo Gortázar– nos asoma a una forma peculiar de introducir a un hijo en la comunidad en la que debe convivir y del modo en que puede convivir. No fue un hijo concebido para el trabajo, entendido como entonces (cuando nació) se entendía, que era el trabajo manual. Es revelador porque descubre que seguía vigente el ideal del hombre libre aristotélico (aunque hubieran pasado más de veinte siglos desde que Aristóteles lo propuso). El hombre verdaderamente libre es aquel cuyas necesidades están cubiertas de tal modo que no tiene que trabajar para cubrirlas y, además, se forma para consagrar su vida a pensar qué es lo mejor para la comunidad po-